

Un campesino astuto

Edgar González Ruiz



Capítulo 1

Cuento: El labrador astuto

En una comarca aledaña al municipio de La Paz Centro, vivía don Horacio y su familia, era de esos señores de carácter fuerte y procedencia humilde, sensible hacia las adversidades del prójimo, nació pobre de recursos económicos pero rico en espíritu de amor y sabiduría, a pesar de ser una persona de escasos conocimientos intelectuales tenía gran astucia ante los problemas habituales de la vida. Aprendió albañilería en época de juventud, llegó a ser maestro de obras de construcción.

Enamorado de doña Guadalupe y siguiendo los pasos de esta mujer campesina excepcional se fue a vivir al campo, conjugando los sentimientos de amor y superación que ambos profesaban procrearon cuatro hijos, y a punta de jornal campesino los formaron intelectualmente. Horacio, fue un hombre dado a decir dichos populares en cualquier circunstancia de la vida. Cuando una persona llegaba a su humilde casa pidiendo algún favor este en sus posibilidades le ayudaba, al tiempo que susurraba con todo respeto; "arrieros somos y el camino andamos", queriendo con esto decir que debemos ayudar al prójimo para que él en determinado momento nos retribuya su apoyo.

La llegada de las lluvias significa para todo agricultor como un toque Diana para inicio de siembras, Horacio, agricultor con experiencia cultivaba trigo, sabiéndolo más adecuado por su tolerancia al clima seco de la región.

En una ocasión fue citado ante las autoridades policiales por vecinos de su propiedad, aduciendo los denunciantes que el señor Horacio mató sus gallinas y polluelos con el trigo envenenado que sembró en la milpa.

Don Horacio expuso los motivos por lo que incurrió en hacer tal cosa, esto era del conocimiento de los vecinos colindante con su propiedad, en varias ocasiones les comunicó sus intenciones ya que las gallinas se cruzaban a la huerta, rascaban y se comían el trigo sembrado.

El alegato fue largo, las excusas de don Horacio no prosperaron, el veredicto fue dictado por el oficial de turno y fue acusado de daños a la propiedad ajena, ordenándole pagar a los denunciantes el precio de los sesenta animales muertos a causa del trigo envenenado. ¡Hombre conejo!, -murmuró don Horacio-, -está bien, yo les pagaré con el dinero que obtenga de la cosecha-. Muy bien respondieron los denunciantes y exigieron firmara un documento compromiso para el pago de los animales.

Al cabo de seis meses los vecinos reclamaron el pago de sus gallinas, Don Horacio se dijo a sí mismo, -"llegó el día de la verdad"- y respondió: Este

documento que firme dice que les pagaría con dinero de la recolección de cosecha, lo siento muchachos, pero estoy más palmado que el ropero de tarzan, por que no nació el trigo, no hubo cosecha, sus gallinas me arruinaron toda la siembra.